

# Breve historia del premio “Leopoldo Alas”

ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

**E**l «Premio Leopoldo Alas para libros de cuentos literarios» duró quince años, de 1955 a 1969. Aparte de los originales premiados, Editorial Rocas publicó, durante este periodo, otros veintiséis libros de cuentos que recogieron la obra de autores cuya importancia el tiempo no ha hecho más que refrendar. Sorprende advertir cómo el esfuerzo en pro de este género literario ha sido ignorado por la crítica y por los propios estudiosos del cuento español contemporáneo.

Ahora que se me brinda la ocasión, voy a aportar, con ayuda de la memoria de unos gratos momentos y de los papeles que obran en mi poder como secretario que fui del premio, un resumen de aquellos años en los que creíamos, ilusionados, en la repercusión literaria de nuestra labor.

## La creación del premio

La idea germinal surgió del diálogo entre Enrique Badosa y yo. Noctámbulos y peripatéticos, recorríamos las calles de Barcelona buscando en la conversación las emociones que

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

la vida pública negaba a los ciudadanos en aquellos años de profunda laxitud de la vida intelectual, tan mitigada exteriormente por el prudente conformismo, la consigna y la censura.

El cuento literario ocupaba grandes parcelas de nuestra atención. Creíamos y creemos que el cuento es un género propio, con características peculiares mucho más exigentes, ambiciosas y definidoras que la mera narración. Las preceptivas literarias no aclaran nada. Y al parecer basta que una obra narrativa en prosa sea corta para que merezca el título de cuento. Ya, por aquel entonces, habíamos acuñado, con la decisiva colaboración del profesor Pla Salat, una definición que sigue pareciéndonos válida: «El cuento —decimos— es un texto, preferentemente corto, de contenido expectante, cuya acción se intensifica y aclara en el mismo desenlace».

Visto el cuento como género diferenciado, parece claro que no todos los prosistas están dotados para cultivarlo con propiedad. Se es cuentista como se es poeta o novelista. Es evidente que un poeta o un novelista pueden escribir buenos cuentos, pero en todo caso no será por el mero hecho de escribir un texto abreviado.

Lo que avizorábamos, pues, en nuestras charlas, cada vez más entusiastas, era la posible creación de un premio, no para un cuento —eso existía ya—, sino para libros de cuentos. Es decir, para unas obras que permitieran mostrar claramente la existencia de los genuinos escritores de cuentos. Aquellos cuya actitud narrativa dinámica, impaciente, sintética y llena de rigurosa exigencia, intenta producir un efecto emotivo, crear un estado de conciencia y, en definitiva, recrear nuestro universo existencial, mediante un organismo narrativo en el que todo se halla potenciado. Aquellos autores capaces de sorprender al lector con un final inesperado que no es engaño, sino revelación.

En aquellas fechas pronunciamos al alimón, Enrique Badosa y yo, algunas conferencias, ilustradas con la lectura de cuentos, en las que tratábamos de precisar nuestra concepción del género. En este mismo sentido, publiqué en 1956 un pequeño ensayo —en la revista *Atlántico*, nº 3— que sigue pareciéndome válido. Como puede verse, la importancia literaria del cuento y su injusta valoración, ocupaban nuestras reflexiones y estimulaban nuestras

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

iniciativas. Y así, en las noches de 1954, que sólo tenían el imprevisto de nuestra propia juventud, fue materializándose la idea y la realidad del premio.

### La elección del título y los mecenas

La elección del nombre de Leopoldo Alas para denominar el premio se impuso de inmediato. La lectura de *La Regenta* nos había producido un entusiasmo que los años no han hecho más que aumentar. Admiradores del autor, abundamos en su obra como crítico y como cuentista con exhaustiva avidez.

Pero la elección no se apoyaba sólo en motivos literarios. Leopoldo Alas representaba en aquellos años la frontera de lo permitido. Su nombre era silenciado y *La Regenta* únicamente se toleraba en la poco asequible edición de lujo de «Biblioteca Nueva», 1947. Una hiperestesia moral enfermiza, la desinformación y la parcelación cultural como baluarte de esencias patrióticas, veían en *La Regenta* una obra irreligiosa y anticlerical. Nada tan superficial y equivocado. Y a Leopoldo Alas, como un escritor nocivo y peligroso. Nada tan equivocado también. Leopoldo Alas era para nosotros el representante de un atormentado y sincero afán de libertad interior. El escritor inconformista, el liberal, no de partido, sino de actitud.

Así pues, con su nombre para el premio, recabábamos nuestra propia independencia, nuestro liberalismo, el intento de ponernos al margen de toda actitud servilmente oficial o aparatosamente subversiva. Nuestras ambiciones eran estrictamente literarias y con resultar incómodos nos bastaba.

Los trámites para la concesión del premio fueron menos laboriosos de lo que esperábamos. Con algún tira y afloja se autorizó al fin el nombre de don Leopoldo para nuestro certamen.

La idea del premio estaba en pie. Faltaba ponerlo en marcha. Acudimos con nuestros proyectos a los



*Leizaola Alas*

## Premio «Leopoldo Alas» para Libros de Cuentos Literarios.

Los azares de la vida literaria, fruto siempre del signo de los tiempos, han hecho que el cuento —género de tan gloriosa tradición— sea visto con cierto, cuando no evidente, menosprecio por parte del público lector, por parte de los editores y por parte del escritor —sin que se pueda decir cuál de estos tres elementos es enteramente responsable de una entrevista decadencia del cuento—. Creado el círculo vicioso, el escritor no escribe cuentos porque éstos rinden poco económicamente, ya que el editor no suele publicarlos porque supone que no encontrará unos lectores, cuando puede que los lectores existan, así como los escritores dispuestos a escribir cuentos... Y así sucesivamente.

Para salir al paso de una situación enojosa para el escritor que sienta inclinación por el difícil género literario que es el cuento, y para honrar la memoria del insigne literato asturiano Leopoldo Alas, «Clarín», uno de los mejores cuentistas españoles, se crea el «Premio Leopoldo Alas, para Libros de Cuentos Literarios», que se regirá de acuerdo con las siguientes

### B A S E S:

I - El premio «Leopoldo Alas para Libros de Cuentos Literarios», se concederá al libro de cuentos escritos en castellano que, a juicio del jurado designado a tal efecto, reúna las mejores condiciones de calidad, altura literaria y de sujeción al género «cuento», distinto de la llamada «novela corta» o de la narración.

II - Podrán aspirar a este galardón todos aquellos escritores españoles e hispanoamericanos que envíen al concurso uno o más libros de cuentos inéditos que formen un volumen no superior a las ciento cincuenta cuartillas holandesas mecanografiadas a doble espacio y a una sola cara, y no inferior a las cien.

III - El premio consistirá en la cantidad de cinco mil pesetas y en la edición de la obra premiada en la «Colección de Cuentos Leopoldo Alas», creada por los fundadores del premio, los cuales, a la vez, tendrán derecho a publicar la obra finalista, caso de considerarlo pertinente. El autor cuya obra se publique cederá los derechos de la primera edición a la colección.

IV - El plazo de admisión de originales —dos ejemplares de cada libro presentado— finalizará el último día del año en curso. Los originales deben mandarse a las siguientes señas: Paseo de Gracia, 98-1<sup>a</sup>, Barcelona, España, y con la indicación: «Para el Premio Leopoldo Alas para libros de Cuentos Literarios».

V - La concesión del premio tendrá efecto en Barcelona, a los dos meses de la fecha tope para la admisión de originales, y en el transcurso de un acto literario que oportunamente se anunciará. La composición del jurado se dará al concederse el premio.

VI - El premio puede declararse desierto, si la calidad de las obras presentadas no justifican su adjudicación. Se entiende que los concursantes aceptan íntegramente las bases de esta convocatoria.

### LOS FUNDADORES DEL

### «PREMIO LEOPOLDO ALAS PARA LIBROS DE CUENTOS LITERARIOS»

Dr. Martín Garriga Roca

Esteban Padrós de Palacios

Dr. Manuel Carreras Roca

Enrique Badosa

Barcelona, julio de 1955

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

doctores Martín Garriga Roca y Manuel Carreras Roca. Los dos mayores que nosotros, humanistas llenos de energía y ambos escritores, si no en el campo de la creación literaria, sí en el de la profesional. Garriga era la manifestación del optimismo vital, amable y contagioso, que todo lo ve posible. Pero era Manuel Carreras el único del grupo de amistades capaz de llevar adelante, con escasísimos medios económicos, todos los aspectos prácticos del empeño. Aceptaron el proyecto, que acto seguido comenzó a mostrar todo género de dificultades.

### Editorial Rocas y la estructuración de las bases

Nuestro mayor cuidado era la independencia. Poder ofrecer a los posibles concursantes la buena fe de unas votaciones desligadas de todo compromiso económico, político, publicitario. Para ello era necesario evitar ponernos en las manos de un editor que, casi inevitablemente, habría establecido una hegemonía indeseada. Aparte de que proponer en aquellos días a un editor profesional la publicación de libros de cuentos literarios, era pensar en lo excusado. Si queríamos fomentar el interés por el cuento, era porque este interés no existía; y si no existía, no había editor capaz de jugarse una peseta en tal intento.

Así las cosas, Manuel Carreras, con el apoyo de Martín Garriga, fundó Editorial Rocas con el solo objeto de publicar, en principio, los libros premiados, los finalistas y, a ser posible, algunos otros que nos parecieran meritorios. Denominamos a esta futura apoteosis del cuento español «Colección Leopoldo Alas».

Desde el primer momento saltó a la vista el riesgo de la empresa. No sólo no iba a dar un duro, sino que lo que se tenía que calcular era si los gastos serían soportables. Nuestros mecenas no eran ricos, eran simplemente profesionales dignamente asentados. Si el premio lograba autofinanciarse, era el máximo a que se podía aspirar. Dejamos este camino, tan ajeno a nuestros talentos, en manos de Manuel Carreras y nos dedicamos a redactar las bases.

Éstas comenzaban con una declaración de principios en favor del cuento, a la que seguían las nor-

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

mas para la presentación de los libros. El premio estaba dotado con cinco mil pesetas, cantidad que hoy parece irrisoria, y nos comprometíamos a publicar la primera edición del libro ganador y del finalista, quienes cederían sus derechos para esta primera edición. Después los recuperarían y podrían disponer de su obra libremente. De momento no alcanzábamos a ofrecer más. Pero la realidad mostró que los escritores de cuentos estaban esperando la ocasión de publicar su libro y que la única vía posible era el «Premio Leopoldo Alas». La frugalidad de la bolsa no arredró a los comensales.

### Jurado y mecanismo de lecturas

Rápidamente procedimos a la formación del jurado. Evitamos nombres prestigiosos que podían romper una libertad de opinión que estimábamos imprescindible. Todos los miembros eran personas con largas horas de lectura y de crítica literaria. Garriga Roca, ejemplo inolvidable de bonhomía y generoso entusiasmo, ocupó el cargo de presidente sin voto. El jurado propiamente dicho lo formábamos: Manuel Carreras, del que ya he hablado, que ponía en las discusiones el punto de vista de un matizado pragmatismo; Manuel Pla Salat, cuya sólida formación en ciencias y letras y una inteligencia tan aguda como apasionada, y aun devastadora si llegaba el caso, le hacen una de las personas más interesantes y formativas que he tenido la suerte de conocer; Gonzalo Lloveras, médico y escritor, crítico sagaz que valoraba la audacia creadora desenfanzada y humorística; Miguel Dalmau, también médico y escritor, interesado por los contenidos trascendentes capaces de elevar la anécdota a categoría; Enrique Badosa, el más profesionalizado en el campo de las letras, autor ya entonces de libros de poemas y ensayo, y cuyo bisturí crítico penetraba en los textos con una exigencia formal que no hubiese desdeñado el propio «Clarín»; Juan Planas Cerdá, abogado, con fina y educada sensibilidad por lo que a las cuestiones de estilo se refiere; y finalmente el que esto escribe, que actuó como secretario durante los quince años que duró el premio, cargo que compartió con Juan Planas las cuatro convocatorias en que éste formó parte del jurado y, años más tarde, con Alejandro Trabal.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

Nuestra labor como jurados era pura artesanía. No podíamos ofrecer ni a los escritores que se confiaban a nuestro criterio, ni a nosotros mismos, casi nada más que fervor y absoluta dedicación.

Los libros recibidos se dividían en lotes, y cada uno de estos lotes se adjudicaba a una pareja de lectores. Bastaba que uno de los dos lectores diera el visto bueno, para que la obra pasara a la lectura general. Si los dos lectores rechazaban el original, éste pasaba entonces a la consideración del presidente, y si Garriga lo aprobaba, el libro era sometido igualmente a la estimativa de todos los miembros del jurado. O sea que, para que un libro fuera definitivamente arrumbado, tenían primero que coincidir en su desautorización la pareja lectora correspondiente y después el criterio de Garriga, inclinado más bien a la benevolencia. Este procedimiento aseguraba que las obras rechazadas fueran rematadamente indigeribles. Y ponía a los concurrentes a cubierto de los azares de un juicio individual.

Como veremos más adelante, el jurado constó a veces de siete miembros y otras de ocho. En el primer caso, el sistema de lectura y selección funcionaba como se ha descrito. Cuando éramos ocho, uno de los lotes correspondía a tres lectores. El presidente conservaba su opción de declarar los libros desechados como de lectura obligatoria para todos. Sólo cuando el jurado constó de siete miembros —de 1959 a 1962—, votó el presidente en la concesión de los premios.

### Un primer premio memorable

Quedamos muy sorprendidos cuando al poco tiempo de la convocatoria comenzaron a llegar originales. Un buen libro de Carmela V. de Saint-Martin, *El naufrago*, fue el primero que se recibió. Años más tarde, esta escritora ganaría el IX «Premio Leopoldo Alas». Cada paquete que llegaba era acogido como un obsequio personal. Y Manuel Carreras, en cuya casa se centralizaron la recepción de libros y las reuniones semanales del jurado, nos comunicaba de inmediato la buena nueva de sucesivos alumbramientos. La

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

idea de que unas personas que indudablemente habían puesto en sus obras toda su ilusión confiaran en nuestro criterio y se expusieran a la ecuanimidad de nuestro veredicto, acrecentaba nuestro sentimiento de responsabilidad e incluso de gratitud.

Cada miércoles, después de cenar, nos reuníamos en casa de Carreras y allí discutíamos las obras recibidas. Se leían en voz alta los cuentos más notables, se hacía proelitismo, se debatían los pros y los contras de los textos; la dialéctica llegaba en ocasiones al bizantinismo. Resultaban unas veladas de las que salíamos enriquecidos literaria y humanamente. Pasados los años, han quedado en la memoria de todos como uno de los aspectos más valiosos y significativos del premio.

Hasta que en una de aquellas noches estalló la bomba. La novedad creadora que el lector y el crítico esperan en vano durante años. *Doce cuentos y uno más*, de un desconocido Lauro Olmo, anunciaba la presencia de un extraordinario escritor. Fue una gran sorpresa y una inmensa alegría. Este solo libro justificaba la creación del premio. Se forjaron toda suerte de suposiciones. No parecía en absoluto la obra de un autor novel. Y un nombre y apellido tan vegetales inducían a pensar a los perspicaces que se trataba de un seudónimo que ocultaba a un conocido novelista. Recuerdo que fue Enrique Badosa quien afirmó rotundamente que nos hallábamos ante el libro de un autor desconocido.

No faltaban, entre los treinta y cuatro libros recibidos, obras meritorias, pero *Doce cuentos y uno más* suponía el descubrimiento de una personalidad literaria original, el creador de un mundo propio con un lenguaje propio.

Para redondear nuestras ambiciones no faltaron ni los recomendados. Un conocido escritor barcelonés que presentó un libro, por otra parte muy bueno, se vio apoyado por numerosos amigos que de un modo u otro presionaron a casi todos los miembros del jurado. Las posibilidades de este escritor se cotizaban muy altas. La prensa ventilaba ya su nombre días antes del premio. Su triunfo se daba por seguro. Y nadie suponía que un jurado de «aficionados» resistiera la hipnosis del valor establecido. Cuando su obra cayó en la segunda votación, en el Restaurante Parellada, donde se celebraba el certamen, se escuchó un oh de sorpresa y decepción. El

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

«Premio Leopoldo Alas» acababa de dar prueba de madurez y de independencia. No sería, por cierto, la última. Y superar los compromisos, las influencias e incluso la incomodidad de resultar incómodos con amigos y conocidos, fue una actitud que trascendió y que los concursantes captaron agradecidos. La suerte nos deparó, con un buen libro y un acto de libertad, la ejemplaridad que nos habíamos impuesto al crear el premio.

Un joven escritor, Pedro Espinosa Bravo, de brillante estilo y originales argumentos, quedó finalista con el libro *Vosotros desde cerca*, que obtuvo dos votos.

### La aventura editorial

Acabada la euforia de la concesión del premio, se imponía la tarea —satisfactorio compromiso— de publicar el libro ganador y, si cabía en lo posible, el finalista. Aquí las ilusiones se convirtieron en martirio. Por un lado, los imperativos ideales de buen gusto, de modernidad, de esmerada presentación; por el otro, la inexperiencia, la falta de profesionalidad, el bajo presupuesto. Resultado: *Doce cuentos y uno más* nació feo. Sus propios padres tuvimos que reconocerlo así. La cubierta, el formato y la impresión carecían de atractivo y estaban muy por debajo de lo que la obra merecía.

Otra dificultad que se manifestó acto seguido como ominosa e insuperable fue la distribución. Si a los editores profesionales no les interesaban los libros de cuentos, a los distribuidores les interesaban todavía menos. Los libros quedaban almacenados en vastos sótanos en los que la humedad era el único y más ávido lector de sus páginas. Sólo unas docenas de ejemplares distribuidos a mano por los propios editores eran los pocos libros —aparte de los que recibieron críticos y autor— que osaron asomar su triste cara por algunas librerías amigas.

Nos percatamos de que era preciso cambiar de rumbo, o el premio y nuestros afanes proselitistas se vendrían abajo. De acuerdo con Lauro Olmo, lanzamos una nueva edición,

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

con cubierta e impresión más atractivas, que se mantuvieron hasta el número veintinueve de la «Colección Leopoldo Alas». Manuel Carreras ideó, además, un original medio no sólo de distribución sino de supervivencia económica. Logró, poniendo en marcha sus dotes de persuasión, que algunos laboratorios farmacéuticos adquirieran el número suficiente de ejemplares como para saldar los gastos del premio y de la edición. Estos laboratorios —recordamos especialmente a Galup— regalaban el libro a los médicos con motivo de su onomástica. Si bien esta ingeniosa salida permitió continuar con el premio y la edición de libros, trajo como consecuencia que, aparte de la crítica y de los propios autores, casi los únicos testigos y lectores de la «Colección Leopoldo Alas» fueran los médicos españoles. Nos queda el consuelo de que sin duda las obras regaladas fueron del gusto de sus receptores, pues muy pocos libros de la colección han aparecido por las reventas. Esta florentina solución permitió publicar, además del libro ganador, una primera antología. Libro en el que Badosa y yo habíamos puesto la mayor ilusión.

### Las antologías, el premio al mejor cuento y los prólogos

Uno de los aspectos más desagradables a la hora de votar es que sólo un libro, entre muchos, puede resultar ganador. Originales que en un certamen determinado podrían haber triunfado, en otro en cambio pueden entrar en competencia con otras obras todavía mejores y perder, por mera mala suerte cronológica, una oportunidad. Esto es acongojante. Tratándose de cuentos, además se da la circunstancia de que en un libro, en conjunto regular y aun mediocre, se halle un cuento excepcional. Con el deseo de hacer justicia y contentar a todos los que merecen ser contentados, acordamos la confección de una antología con los mejores cuentos de cada convocatoria y un premio al mejor de los cuentos entre todos los presentados en cada concurso.

Consecuentes con nuestro criterio exaltador y difusor del cuento, y para arrostrar ante críticos y lectores la responsabilidad de nuestro juicio, al final de cada cuento de la antología insertábamos un comentario analítico en el que tratábamos de probar la bondad del relato y las rutas de nuestra estimativa.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

Por desgracia, la realización de una antología para cada premio no pasó del primer año. Los laboratorios no podían absorber el amplio caudal de utopías didácticas emanadas de nuestra buena voluntad. Hoy en día, la antología del primer «Leopoldo Alas» es una rareza tan difícil de obtener como un incunable.

Todos los libros ganadores, menos dos, y bastantes de los que formaron parte de la colección, fueron prologados por algún miembro del jurado, sin que esto significara forzosamente que el prologuista lo hubiese llevado como ganador. En cuanto al premio al mejor cuento, se instauró a partir de la segunda convocatoria y persistió hasta el final. Se citaban el nombre del autor y el título del cuento, pero éste no se publicaba a menos que no entrara a formar parte de un libro de la colección.

### Evolución del ritual para la concesión de los premios

Durante los cinco primeros años celebramos una cena en el Restaurante Parellada, de Barcelona —hoy desaparecido—, situado en la Diagonal. Seguíamos el modelo clásico para este tipo de acontecimientos literario-sociales: propaganda previa —que la prensa nunca regateó—, cena y votaciones durante su decurso. La cocina de Parellada gozaba de una merecida fama, y los jurados del premio se impregnaron, por simpatía, de una curiosa reputación de sibaritas a la que tratamos de adaptarnos bajo la sabia batuta gastronómica de Martín Garriga. El local, afortunadamente pequeño, podía llenarse por completo. Tenía la capacidad justa para albergar, en optimista apariencia, a los comensales que se habían reclutado uno a uno, en otro alarde artesanal, por los miembros del jurado. Los médicos fueron, una vez más, el soporte básico de este acontecer literario. Cabe decir que estos actos tuvieron una esmerada organización y alentadora brillantez. Los menús y los carnets de votaciones para el público, muy bien presentados, estaban ilustrados con frases adecuadas de «Clarín». Transcribiré una de ellas como ejemplo: «Ni el bombero ni yo miramos nuestro oficio como los juegos del circo. Ni el mundo es una pista, ni el fin de la vida ganar un premio». Leopoldo Alas («Solos y Paliques»).

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

A partir del sexto y del séptimo premios, que se concedieron en el Hotel Arycasa, en 1960, dimos fin a las cenas concurso. Recurrimos entonces a un «piscolabis» en Terraza Martini, con invitación a periodistas y escritores. Allí, el presidente leía el acta de las votaciones con mención final del ganador del premio y del ganador del mejor cuento, que curiosamente nunca coincidieron en una misma persona.

### Breve historia de los premios

He hecho ya mención del primer premio concedido en 1956 y cuyo prólogo correspondió a Enrique Badosa. En tal ocasión, no hubo discrepancias respecto al ganador ni respecto al finalista. Sin prejuicio alguno por nuestra parte, se impuso la juventud. Lauro Olmo tenía 35 años y Pedro Espinosa Bravo, 21.

El segundo premio (1956)\* resultó, en cambio, muy conflictivo. Fue la convocatoria que reunió mayor número de concursantes de elevado y parecido mérito. Consecuentemente, las deliberaciones anteriores al premio resultaron apasionadas y la votación, llena de incertidumbre. Ganó Jorge Ferrer-Vidal, —31 años— con *Sobre la piel del mundo*, que prologué yo. Como finalista, con un voto de diferencia, Luis Goytisolo —21 años—, con *El sol en las afueras*, libro que con algunos arreglos y el título de *Las afueras*, obtuvo más tarde el premio «Biblioteca Breve», de Seix Barral.

Para ilustrar lo que antes dije sobre la mala suerte cronológica de algunos autores, citaré varios de los que en esta ocasión coincidieron en el premio y que podrían haber ganado en otras convocatorias: Manuel San Martín, Medardo Fraile, Guillermo Sánchez, José María Rodríguez Méndez, Carmela V. de Saint-Martin, León Roca, Francisco Candel. Se dio la singular casualidad de que el número de obras presentadas fue de treinta y cuatro, como en el primer año.

---

\* Aparece entre paréntesis el año de la convocatoria.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

El tercer premio (1957) correspondió a *Los desterrados*, de Ramón Nieto —23 años—, con cuatro votos. Quedó finalista Julián Gállego —42 años—, con *Vivos y muertos*. El número de concursantes aumentó a sesenta y tres. Juan Planas prologó el libro ganador.

El cuarto premio (1958) lo ganó un joven y desconocido peruano: Mario Vargas Llosa —23 años—, con *Los jefes*, libro en el que alentaba la fuerza creadora de un buen escritor. Quedó finalista Manuel Alonso Alcalde —39 años— con *Dónde van con su destino*, que obtuvo cuatro votos. La participación fue la más nutrida que se registró en la historia del premio: setenta y cinco concursantes. La crítica, hasta entonces muy favorable a los libros premiados, no supo ver, en general, la calidad de Vargas Llosa y, así, tuvimos que encajar una severa reprimenda, firmada por D. de F., en el *Diario de Barcelona* —27 de noviembre de 1959— en la que después de un exordio demoledor respecto al léxico hispanoamericano de Mario Vargas, termina diciendo:

[...] Aparte de todo ello —ya es mucho apartar—, el ambiente, la anécdota de los cinco cuentos, se caen de viejos, a puro ser antiguos conocidos de otras lecturas, las cuales quizás influyeran en el autor y de la que son tácita, pero no demasiado tácita, reminiscencia.

La verdad: no comprendo por qué don Juan Planas asegura, en el prólogo que para *Los jefes* ha escrito, que el libro tiene un significado universal. Yo, desde luego, no me siento subordinado de tales «jefes», localistas a más no poder.

En fin, es una lástima que se premie lo que, sin premiarlo, podría ser juzgado con la benevolencia que merece toda obra inicial. Aunque claro que, después de leer *Los jefes*, se echa uno a pensar cómo serían las demás obras presentadas al concurso, cuando ésta logró sobresalir de ellas. Repito: una verdadera lástima. Y así no vamos a ninguna parte.

Afortunadamente parece que sí, que en definitiva la obra de Mario Vargas Llosa ha ido a alguna parte. Y *Los jefes*, reeditado varias veces, ha obtenido los elogios de la crítica. El tiempo y la ejecutoria de Vargas Llosa han dado la razón al jurado, que prefirió el riesgo de la novedad de una narrativa vigorosa, a otros valores más consolidados y conformistas.

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

A todo eso, el premio había subido su dotación económica a diez mil pesetas. El autor de *La guerra del fin del mundo*, en reciente conversación con Enrique Badosa, le explicó de qué modo con este importe, ahora misérrimo, pudo pasar entonces un turístico mes en Marruecos acompañado de su mujer.

El quinto premio —1959— fue el más dramático que recuerdo. Llegaron a la votación final *El viejo de las naranjas*, de Pedro Espinosa Bravo —25 años—, y *La víctima*, de Víctor Mora Pujadas —28 años—. Nunca los defensores de los respectivos finalistas se habían mostrado más intransigentes y contumaces. La votación, muy borrascosa, dio como resultado el triunfo de Pedro Espinosa por un voto de diferencia. El libro ganador era muy bueno, y ya el autor había quedado finalista en el primer premio, pero para los tres votantes favorables a Mora, éste había escrito quizás el libro que más se aproximaba al esquema ideal de cuento propugnado por nosotros mismos. Prologó el libro Gonzalo Lloveras.

Desde esta convocatoria las reuniones semanales tuvieron lugar en casa de Martín Garriga, hasta el noveno premio inclusive. A partir de aquí, se realizaron en mi casa, hasta el último «Leopoldo Alas», en 1969.

El sexto premio (1960) se concedió en el Hotel Arycasa. Ganó Ramón Carnicer —48 años— con *Cuentos de ayer y de hoy* a Carmen Kurtz —49 años—, con *El último camino*, por cinco votos a dos. Ramón Carnicer fue uno más de los autores que con el premio entraron en el mundo de la creación literaria en la que tanto ha destacado después con una obra extensa en la que sobresale como uno de los mejores prosistas en lengua castellana. A partir de entonces fue un valioso y permanente miembro del jurado, en el que entró a formar parte en sustitución de Gonzalo Lloveras. Prologó su libro Enrique Badosa.

El séptimo premio (1961) fue para Felipe Mellizo —29 años—, por *Los redimidos*, que obtuvo seis votos. Quedó finalista Jaime Borrell, con *Puente internacional*.

El octavo premio (1962) dio el triunfo a una de las personalidades literarias más relevantes de toda la historia del «Leopoldo Alas». Se trata del malogrado escritor Manuel

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

San Martín, que moriría a los 33 años y a los pocos meses de recibir el galardón. Su obra *El insolente* no era una promesa, sino la sólida realidad de un escritor impar. Su calidad se anunciaba ya en *La noticia*, número 4 de la «Colección Leopoldo Alas», y se confirmó con su novela *La luz pesa*, publicada en 1964. Prologó el libro Manuel Pla Salat. Quedó finalista Guillermo Sánchez, que obtuvo tres votos, con su libro *Historias para infelices*.

El noveno premio (1963) lo mereció Carmela V. de Saint-Martin —66 años—, que había alcanzado varias veces, con sus cuentos ingeniosos y crueles, las votaciones finales. Tenía publicado un libro en la «Colección Leopoldo Alas», y su inagotable imaginación le había permitido la hazaña de ofrecer, desde el primer premio, un libro nuevo en cada concurso. *Con suave horror* venció por cinco a dos a la obra de Jaime Borrell, *Permiso de residencia*. Prologó el libro ganador Luis Rosales. En esta ocasión se incorporó al jurado el abogado barcelonés Alejandro Trabal y Casas, hombre de vasta cultura y cuyas opiniones apasionadas y perspicaces agitaban las controversias de clasificación y clarificación.

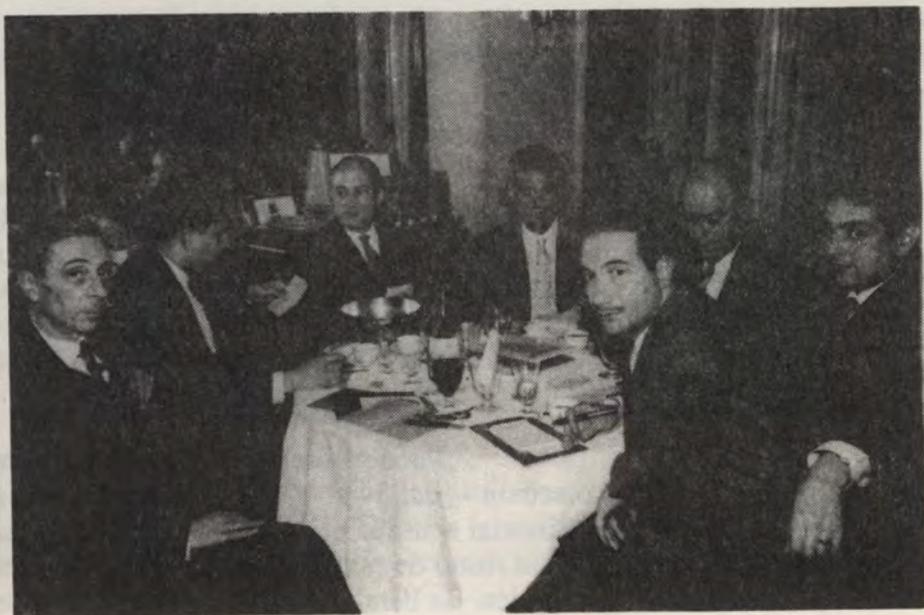
El décimo premio (1964) lo ganó Pedro Crespo —23 años— con *La pausa*, que obtuvo cinco votos. Quedó finalista Félix Grande —27 años—, con *Luces en el suelo mojado*. Recuerdo que la calidad de ambos finalistas nos puso en aprietos. Guillermo Sánchez formó parte del jurado sustituyendo a Miguel Dalmau Ciria, cuyos deberes profesionales nos privaron de su estimulante presencia. *La pausa* se editó sin prólogo.

El undécimo premio (1965) fue el menos concurrido: sólo doce concursantes. Triunfó plenamente Julián Gállego —50 años— con un magnífico libro, *Apócrifos españoles*, que se impuso por su originalidad, valor literario e imaginación creadora. Sin duda es uno de los mejores libros de la colección y tuve el honor de prologarlo. Guillermo Sánchez dejó el jurado y su lugar fue ocupado por Juan Petit Fraile, que ya no lo abandonó hasta el fin del premio. Era Juan Petit un industrial con sólido sentido común ante la apreciación de los valores literarios, y su voz nos ofrecía una visión matizada, rotunda casi siempre, pero no profesional, que redondeaba muy útilmente nuestros criterios estimativos.

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

El duodécimo premio (1966) correspondió al escritor leonés Antonio Pereira —43 años—, que con *Una ventana a la carretera*, libro muy maduro literariamente, venció por seis votos a uno a Genaro Compañ —55 años—, escritor considerable que había publicado en la colección el libro *Un poco de polvo*, en el que se incluía el conmovedor cuento «¿Conoce usted a Hans?», ganador del premio al mejor cuento, en 1958. El libro de Pereira lo prologó Ramón Carnicer.

El decimotercer premio (1967) lo consiguió Manuel Valdés, el más joven —19 años— de todos los ganadores del «Leopoldo Alas». Sorprendió a todo el jurado que aquel libro de cuentos que denotaba una aguda inteligencia y una clara exigencia intelectual, llena de ingenio y humor, fuera la obra de un muchacho. La trayectoria literaria y profesional —como psiquiatra— de Manuel Valdés muestra que no anduvimos equivocados. Julio Manegat, que formó parte ocasionalmente del jurado, en sustitución de Alejandro Trabal, fue un decidido partidario del libro y su prologuista. La obra de



Miembros del Jurado del premio «Leopoldo Alas»

Valdés, *Elucubraciones*, ganó por cinco votos a dos a *El perro que murió como un hombre*, del eficaz humorista Alvaro Antonio de Calle.

El decimocuarto premio (1968) recayó en el escritor ecuatoriano Alejandro Carrión —53 años—, cuyo libro *Muerte en su isla* venció por cinco votos a dos a *Una especie de lágrima*, de Eduardo Tijeras —37 años—. El libro no se prologó.

Finalmente, el decimoquinto premio lo logró Angel Palomino —50 años—, que con *Suspense en el cañaveral* superó, por cinco votos a dos, a *Mimosa y otras chicas*, de Teresa Bertrán. Manuel Valdés formó parte del jurado en lugar de Ramón Carnicer. Recordamos sus notas críticas, que esperábamos encantados por su contundencia irónica. El libro de Palomino, que tuve la suerte de prologar, fue un dignísimo remate para un premio que, a trancas y barrancas, había superado tres lustros de ilusiones, esfuerzos e incomprensión. El premio hacía su última reverencia con el sapiente humor de Angel Palomino. Se despidió sonriendo.

### La «Colección Leopoldo Alas»

Editorial Rocas publicó en total cuarenta libros de cuentos. Pienso que es el mayor esfuerzo monográfico realizado en España en pro de este menospreciado género literario. Creo indispensable como testimonio y como orientación para los estudiosos, transcribir la lista de sus títulos, autores y prologuistas, que figura en el Anexo. Supongo que será una curiosa y útil información acerca de este pequeño monumento al ingenio desconocido.

Puede observarse cómo los siete últimos números de la colección —del 34 al 40—, pertenecen todos a los libros premiados. La editorial acusaba el esfuerzo económico y el duro bregar para mantener un ritmo de publicaciones tan interesantes como prácticamente invendibles. La lista permite también comprobar que autores ya consagrados como Ana María Matute e Ignacio Aldecoa cedieron gustosos sus originales a la colección. Ello indica la dificultad para publicar cuentos en otras editoriales y a la vez el respeto y la estima

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

que suponía nuestra propia colección. Es triste que el generoso caudal de inventiva, de arte y de esfuerzo de tantos escritores haya caído en el olvido, y su existencia no se haya registrado, hasta ahora y aquí, en parte alguna.

### Correspondencia

En todo momento el premio estuvo abierto al diálogo. Siempre artesanales, suprimimos el impersonal y anónimo «No se mantendrá correspondencia». Nos carteamos profusamente con los concursantes y en todo momento no dudamos en ventilar nuestros criterios estimativos. Conservo decenas de interesantes cartas que nos unieron, amistosas, con nuestros corresponsales. Alguna polémica hubo también, y algo aprendimos con ella, que en materia artística nadie tiene la verdad. Nunca se omitió el humor, pensando con Chesterton que «lo divertido no es lo contrario de serio, sino lo contrario de aburrido, y nada más».

Como ejemplo de esta cordial y desenfaticada relación epistolar, insertaré una carta recibida con ocasión del primer «Premio Leopoldo Alas» y la respuesta que obtuvo. Y ello porque es ejemplo de nuestro proceder y porque ambas misivas conforman casi un pequeño cuento.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

Tarrasa, 12 de noviembre 1955

Muy señores míos:

En REVISTA leía las bases del premio «Leopoldo Alas para libros de cuentos literarios». Quisiera presentar a este concurso, por lo menos un libro. Todo parecía fácil, pero resultó no serlo. La base segunda viene a complicarlo considerablemente.

...«que formen un volumen no superior a las ciento cincuenta cuartillas holandesas...».

Las medidas de papeles no es mi fuerte. Consulté a varios amigos. Cada uno dio su opinión. Ninguna coincidió. Telefoneé a una imprenta con la que sostengo relaciones comerciales. Su respuesta fue: 22 x 14. No estaba demasiado convencido, y llamé a otra imprenta. Resultado: 21,50 x 13. A otra, 22 x 28. No había manera. Fui a comprar una «cuartilla holandesa» a 7 librerías distintas. Entre los papeles que compré había desde el folio corriente a la cuartilla vulgar, pasando por todas las formas intermedias.

Y es una pena que cuando tenga mi libro pasado a máquina usando cualquier papel —ya que todos parecen entrar dentro de la cuartilla holandesa— me quede sin poder participar en este concurso, por haber usado papel de medidas irreglamentarias.

Se me olvidaba: consulté el «Espasa». Ni de cuartillas ni de papel concreta nada. Y conste que leí un buen rato.

Espero que tenga la amabilidad de remitirme las medidas exactas a la mayor brevedad posible. Gracias anticipadas.

Firmado: Larry Oliveras.

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

Barcelona, 12 de noviembre de 1955

Señor Larry Oliveras

Muy señor nuestro:

Recibimos su atenta angustia del día doce y nos apresuramos a tranquilizarle. No vamos a tranquilizarle, empero, comunicándole el tamaño exacto de la cuartilla holandesa, que esto es imposible. Pero sí le diremos el motivo de exigir para el «Premio Leopoldo Alas» este tamaño indeterminado, y no otro. El premio literario que hemos instituido cumple dos finalidades. Primera: la que se expresa en las bases. «Premiar el mejor libro de cuentos... etc., etc.». Y, segunda y principal, establecer de una vez para siempre el tamaño de la cuartilla holandesa. Esperamos que, tras cuidadosas mediciones de las diversas obras recibidas, podamos por fin establecer una media aritmética que tranquilice nuestro espíritu. A esa media aritmética la llamaremos cuartilla holandesa, y con esta medida la exigiremos en adelante a todas las librerías.

Contribuya usted con su obra a tan agotador esfuerzo. Examine los papeles que le han sido ofrecidos como cuartilla holandesa, póngelos reflexivamente, acto seguido déjese llevar por su intuición y escriba sus cuentos en la que más holandesa le parezca de todas las cuartillas. Nuestro agradecimiento estadístico y normativo será manifiesto. Y también, no lo dude, el interés literario con que serán estimados cada uno de sus cuentos.

Firmado: Esteban Padrós de Palacios.

Evidentemente no nos daba pereza escribir.

## Causas de un silencio

El premio murió sobre todo por motivos económicos que conllevaron otros de carácter moral. La vida en España había cambiado mucho desde 1954. Los premios literarios ofrecían recompensas suculentas. Se publicaba mucho más. La calidad de las ediciones era mayor. La censura, menos severa. Aunque Rocas había aumentado la bolsa a 25.000 pesetas y aunque los escritores de cuentos seguían concursando, en parte por respeto al premio y en parte por falta de editor, nuestro fuelle económico no nos permitía ni la difusión ni la presentación óptimas a que los libros y los autores tenían derecho. Los laboratorios se mostraban cada vez más remisos a la hora de aceptar un medio publicitario más elegante que espectacular. Todo era distinto, pero nosotros no. Con esta visión de las cosas, el premio fue perdiendo magia ante nuestros ojos. Observábamos que, en parte por los motivos antes aludidos, la prensa nos olvidaba y que, si bien no nos faltaron hasta el fin buenos ganadores y finalistas, se apreciaba una lenta erosión en la calidad media de los participantes. Mantener el entusiasmo necesario para seguir «fabricando» artesanalmente una cena, una propaganda, una edición y una distribución, era mucho pedir después de quince años. Los libros de cuentos seguían malditos y como exorcistas nos faltaban poderes.

Sobrevino, como a menudo sucede en el curso de las empresas humanas, una inesperada fatiga. Nos pareció, equivocadamente —pienso ahora—, que era necesario dejar reposar el premio para buscar, entre tanto, nuevas fórmulas de lanzamiento y esperar la aparición de nuevos escritores. Y el premio pereció en este ínterim sin que conscientemente nos hubiéramos propuesto acabar con él.

Quizá la función del «Leopoldo Alas» podía haber sido testimonial y honorífica. Conceder el premio y que el libro, aupado con el galardón, lo editaran otros. Con todo, no creemos que el prestigio del premio hubiera bastado para que los editores profesionales arrostraran la publicación —que sigue siendo maldita— de un libro de cuentos que, probablemente, ellos no habrían elegido y que, por lo tanto, caería fuera de la órbita de sus intereses editoriales y publicitarios. Algún sondeo realizado con ese propósito nos convenció de que ninguna editorial aceptaría el fallo sin participar

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

en el jurado. Tal condición habría acabado con lo que siempre intentamos evitar y por lo que luchamos: nuestra falible pero soberana independencia.

### A modo de resumen

Un rápido vuelo de la memoria sobre los contenidos y tendencias de los libros de cuentos que acudieron al «Leopoldo Alas», trae a la conciencia unas características básicas que bien podrían ser objeto de un detenido análisis. Se trata especialmente de los cambios observados en temas y estilo al compás de los modos y modas literarios imperantes en cada momento y que aquí sólo apuntaré brevemente.

Comenzamos el premio con gran número de cuentos de tipo kafkiano y existencialista. Fantasías de ambición simbólica. El adjetivo «absurdo» era inevitable, como lo eran también las situaciones angustiosas de tipo onírico.

A partir del segundo premio, vimos los primeros atisbos de la «literatura social». Los suburbios y chabolas superponían su decorado realista y sus problemas concretos a los anteriores telones de diseño surrealista. El lenguaje se hacía directo y con pretendida tosquedad.

Durante todo el tiempo no nos abandonaron las introspecciones melancólicas de parejas reflexivas que vivían sus problemas amorosos viendo caer la lluvia desde el ángulo oscuro de un café. Este modelo fue impercedero.

Al finalizar el premio, asistimos a la aparición predominante de situaciones inconcretas y poemáticas con mayor preocupación estilística y absoluta disolución de la trama argumental.

La sexualidad, tema inevitable, nunca dio un libro monotemático. Surgía aquí y allá, a salto de mata y con bastantes y obligadas precauciones expresivas.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

Por último, cabe destacar la escasa incidencia de cuentos de relato concreto y final sorprendente revelador de una más alta significación que trascendiera el propio argumento. O, en todo caso, que supusiera un juego de inteligente ingenio.

Se desprende de tantas lecturas que el escritor español es más proclive al cuento lírico y descriptivo o al costumbrismo realista, que al cuento de combinación imaginativa y distanciada. El libro de cuentos que patrocinábamos fue minoritario. Autores que en el conjunto de su obra respondieran a nuestra definición fueron pocos. Abiertos, empero, a la buena literatura, nunca regateamos votos a los libros conseguidos, aunque éstos no se ajustaran a nuestro desiderátum. Hubo preferencias, pero nunca dogmatismo preceptivo.

### Recapitulación y agradecimientos

Es cierto que las satisfacciones de un público reconocimiento de nuestra labor han sido escasas. Pero, en cambio, el premio y la colección nos otorgaron un grupo de amigos que han enriquecido nuestro humano devenir y el calor de nuestros recuerdos. Una relación de gran cordialidad nos ha unido con casi todos los ganadores y finalistas. Fueron ellos quienes el 7 de febrero de 1979 nos ofrecieron a los fundadores del premio un homenaje en el Ateneo de Madrid, con la grata asistencia de descendientes de Leopoldo Alas.

Quizás el premio no proporcionó a los galardonados gran notoriedad popular, y mucho menos fortuna, pero vieron en él la buena voluntad de unos jurados que estimaron sus obras con gran miramiento y convicción. Unos jurados orgullosos de su independencia, pero sumamente humildes y respetuosos hacia cada hombre que somete a juicio de otros aquello en lo que ha puesto, sin duda, mucho de lo más íntimo y preciado de sí mismo: el original de un libro. Podíamos equivocarnos, pero en modo alguno traicionar, por motivos ajenos a la estricta valoración literaria, la confianza de los concursantes. La obra, posterior al premio, de nuestros galardonados y el prestigio alcanzado con ella, demuestra que nuestra labor no estuvo mal. Nos consta que el premio tuvo un alto crédito moral y que ganarlo suponía —a pesar de su modestia exterior— una valorada distinción para los escritores.

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

Al lado de estos buenos amigos, cuyo nombre literario es hoy reconocido, aparecen en el recuerdo otros concursantes que, dotados de grandes posibilidades, han desaparecido incomprensiblemente, que yo sepa, del mundo de las letras. Así, Genaro Compañ, León Roca, Jaime Borrell, Alvaro Antonio de Calle, Kalikatres, Guillermo Sánchez, Francisco Ibáñez, José Sáenz de Buruaga, Antonio Fortes, Francisco Rodón, Francisco Villalba Diéguez y tantos otros. Los que estuvimos unidos a ellos en veladas imborrables en las que se discutió y disfrutó su obra, no los olvidaremos nunca.

El tiempo va cargando de sentimientos afectivos aquello que se vivió. Rememorar ahora las vicisitudes del premio y el nombre de tantos amigos, muchos de ellos desgraciadamente fallecidos, ha sido una placentera y emotiva tarea.

También nosotros, como los autores eclipsados que antes he citado, teníamos la impresión de que el «Premio Leopoldo Alas» y su ejecutoria pertenecían a la oscura dimensión de las cosas olvidadas. No es así. La petición de estas páginas por parte de la revista *Lucanor* —a la que agradecemos profundamente su atención—, nos ha mostrado que el premio ha dejado un rastro vivo. Eso nos llena de alegría, no tanto por lo que a los fundadores se refiere, sino por lo que es mucho más importante: la obra literaria de tantos escritores de cuentos que son, en definitiva, los más dignos de ser recordados y leídos.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

### ANEXO: La «Colección Leopoldo Alas»

Los números 1, 3, 5, 10, 13, 21, 26, 29, 34, 35, 36, 37, 38, 39 y 40 corresponden a los premios ya mencionados. Los libros son los siguientes:

1. *Doce cuentos y uno más*, de Lauro Olmo. Prólogo de Enrique Badosa.
2. *Antología de cuentos literarios del I premio «Leopoldo Alas»*. Recoge trece cuentos elegidos entre los mejores de la convocatoria. Comentario a cada uno de ellos por Enrique Badosa y Esteban Padrós de Palacios.
3. *Sobre la piel del mundo*, de Jorge Ferrer-Vidal. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.
4. *La noticia*, de Manuel San Martín. Prólogo de Enrique Badosa.
5. *Los desterrados*, de Ramón Nieto. Prólogo de Juan Planas.
6. *Aljaba*, de Esteban Padrós de Palacios. Prólogo de Enrique Badosa.
7. *La rebusca y otras desgracias*, de Daniel Sueiro. Prólogo de Manuel Pla.
8. *La peseta del hermano mayor*, de Lauro Olmo.
9. *Muertos y vivos*, de Julián Gállego. Prólogo de Enrique Badosa.
10. *Los jefes*, de Mario Vargas Llosa. Prólogo de Juan Planas.
11. *Fe de vida*, de Jorge Ferrer-Vidal.
12. *Ligeramente negro*, de Carmela V. de Saint-Martin. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.
13. *El viejo de las naranjas*, de Pedro Espinosa. Prólogo de Gonzalo Lloveras.
14. *La víctima*, de Víctor Mora. Prólogo de Enrique Badosa.
15. *Cuentos de la buena y de la mala pipa*, de Manuel Pilares. Prólogo de Jorge Ferrer-Vidal.
16. *Cuando lleguen las golondrinas con la primavera*, de Jorge Ferrer-Vidal.

## EL PREMIO «LEOPOLDO ALAS»

17. *De qué hablan los microbios*, de Angel Menéndez, «Kalikatres». Prólogo de Huberto Pérez de la Ossa.
18. *Un poco de polvo*, de Genaro Compañ. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.
19. *Esos que pasan y la muerte*, de Manuel Alonso Alcalde.
20. *El arrepentido*, de Ana María Matute.
21. *Cuentos de ayer y de hoy*, de Ramón Carnicer. Prólogo de Enrique Badosa.
22. *El último camino*, de Carmen Kurtz. Prólogo de Miguel Dalmau Ciria.
23. *Arqueología*, de Ignacio Aldecoa.
24. *A la mitad del camino*, de Ana María Matute.
25. *Cuentos de estampas y hablillas*, de Pilar Querol. Prólogo de Gonzalo Lloveras.
26. *Los redimidos*, de Felipe Mellizo.
27. *Historias de desamor y malandanzas*, de Jorge Ferrer-Vidal.
28. *La imagen mutilada*, de Justino Ochoa. Prólogo de Angel Marsá.
29. *El insolente*, de Manuel de San Martín. Prólogo de Manuel Pla Salat.
30. *Muy al sur del estrecho de Behring*, de Víctor Mora. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.
31. *Historias para infelices*, de Guillermo Sánchez. Prólogo de Enrique Badosa.
32. *Antes del silencio*, de J. M<sup>a</sup> Cid-Prat. Prólogo de J. Amat Piniella.
33. *Toda la semana*, de Daniel Sueiro.
34. *Con suave horror*, de Carmela V. de Saint-Martin. Prólogo de Luis Rosales.
35. *La pausa*, de Pedro Crespo.
36. *Apócrifos españoles*, de Julián Gállego. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.
37. *Una ventana a la carretera*, de Antonio Pereira. Prólogo de Ramón Carnicer.

## ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS

38. *Elucubraciones*, de Manuel Valdés. Prólogo de Julio Manegat.
39. *Muerte en su isla*, de Alejandro Carrión.
40. *Suspense en el cañaveral*, de Angel Palomino. Prólogo de Esteban Padrós de Palacios.